

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO XXXV

Diciembre, 1899.

CUADERNO VI

INFORMES

I

ORGANIZACIÓN Y COSTUMBRES DEL PAÍS VASCONGADO

Bien quisiera, para corresponder al honor que se me ha dispensado, presentar á esta docta Corporación un dictamen como el *Estudio sobre la organización y costumbres del país vascongado* merece, y á su autor, el Sr. Fabié, corresponde; pero me lo impiden causas más poderosas que la voluntad, y tengo que ser breve.

Se trata de un extenso informe referente al libro de D. Carmelo Echegaray, titulado *Las provincias vascongadas á fines de la Edad Media*; no se puede retroceder más en averiguación de la verdad, porque hay la casi certeza de extraviarse como el que anda á oscuras, cual sucede al tratar de no pocas investigaciones referentes á aquel país, pretendiendo satisfacer vanidades á costa de la verdad.

Mal conocido y peor juzgado el país eúscaro, aun los que más de él se han ocupado no han podido establecer una base fija sobre sus orígenes, primitiva organización, costumbres de sus habitantes y su idioma; orígenes ignorados, aunque tantos se les suponen.

Aislado siempre el vascongado, hallábase sin duda bien aveni-

do en su aislamiento, sin cuidarse de consignar sus hechos. No se conoce país más desprovisto de antiguos documentos, si se exceptúan algunos llamados poemas ó versos, conocidos sólo por copias, en los que se cantan antiguas hazañas, y aunque no se niegue su antigüedad, no está, sin embargo, comprobada.

En algunos, casi los principales asuntos que aclaración exigen, después de lo mucho que sobre ellos se ha escrito, «sábese que nada se sabe», como ya se ha dicho acertadamente al tratarse del idioma eúscaro; mas no por eso debe cundir la desanimación y dejar de consultar *hasta las piedras* con la esperanza de algún hallazgo fructuoso, por lo que son de aplaudir trabajos que á ello conduzcan como el del Sr. Fabié. Sólo el tiempo podrá ir disipando la confusión y la duda distintivas en la historia del país vascongado, cuyo mismo suelo era desconocido de los primeros historiadores y aun geógrafos. Ya fuera por aversión al pueblo eúscaro, como lo declaran los propios escritores romanos, por la dificultad de la pronunciación de sus nombres y de los de las poblaciones, los cuales latinizaban, ó por no tener un completo y exacto conocimiento del país y de los hechos de sus pobladores, la confusión, en efecto, es grande.

Aquel país montuoso, atravesado por los Pirineos, pudo ser en lo antiguo un santuario de independencia abierto á las razas oprimidas, destino que han llenado casi todas las montañas, asilo bienhechor donde los restos de conquistadas naciones conservaron sus penates y sus creencias: allí ha encontrado el historiador al ibero, al cántabro, al autrigón, al caristo y al várdulo con sus costumbres y libertades primitivas; pues aunque dos mil años de luchas las modificaran, no las destruyeron ni aun con todo el poder y saña de un feudalismo grosero y feroz, que en pocas partes de España ha tenido más dominio que en el país vascongado, merced á la docilidad de sus sencillos pobladores.

Si eran en lo antiguo sobrios, infatigables, aficionados á todos los ejercicios propios para fortalecer el cuerpo, hoy se distinguen por no menor sobriedad, por su apasionamiento á demostrar su agilidad y destreza, y sencillos y modestos en su porte abrigan un corazón valiente y un alma altiva.

Transmitiéndose de padres á hijos aquella intrepidez y perse-

verancia en todos los peligros y fatigas de la guerra, la constancia en sus aficiones, el odio en sus enemistades, ágiles, flexibles, nerviosos, vivos en sus danzas, inquietos, turbulentos, se ve en los actuales vascos retratados los primitivos pobladores de las costas de aquel mar que las azota impetuoso, de aquellos montes que abrigan entrañas de hierro, de aquellas cordilleras pobladas de bosques seculares de durísimos robles y más durísimas hayas.

No me detendré en hacer referencia de cuanto se ha supuesto de los antiguos vascos, diferentes de los actuales guipuzcoanos, vizcaínos, alaveses y navarros, de lo que se ocupan Moncaut, Chao y otros que les dan distintas denominaciones, deduciéndose que el país que media entre el Bidasoa y el Nervión se dividía entre austrígonos, caristos y várdulos, ó sea guipuzcoanos, vizcaínos y alaveses; de otros sucesos basados sólo en hipótesis, como la estampada por Rabaud y alguno más, que presentan á los autóctonos como cuna de los vascos; el mismo Sr. Fabié dice al hablar de aquella raza que su «origen y primitiva historia no están todavía completamente dilucidadas», etc., y haciéndose, como se hacen, afirmaciones fundadas más bien en fantasías que en realidades, no llevan traza de serlo; lo mismo asienta respecto á la primitiva historia del país vascongado, y añade «que la región vasca no ha entrado verdaderamente en la historia de España hasta la Edad Media»; y no podía entrar, en efecto, porque en todo el país verdaderamente vasco no hay una tradición atendida ni monumento ó ruina que denuncie la dominación ó estancia del pueblo godo, si exceptuamos una pequeña parte de Álava invadida por Leovigildo. Sisebuto y Suintila pelearon con la gente vascona en los llanos de Álava y Rioja, pero, según el señor Cánovas y otros que le precedieron, sin penetrar siquiera en el interior montuoso del país vascongado.

No menos confusión hay respecto al vascuence, considerado por algunos como la lengua universal, y por consiguiente la primitiva del género humano, la que precedió al diluvio: Astarloa dice que la formó el mismo Dios en la confusión de la torre de Babel; Humboldt da al vascuence origen europeo y le supone el más antiguo de los idiomas del continente; Thierry cree que la lengua vascongada fué la de los iberos; Chao encuentra ana-

logía de vocalización entre el vascuence y el sanscrito; Eickhoff da parentesco al eúscaro con las lenguas africanas; Wiseman afirma su comunidad con el egipcio antiguo; Grim considera interesante averiguar si el idioma vasco posee afinidades reales con las lenguas cáusicas; Abbadia declara que el sanscrito, georgiano, finés y muchas lenguas de África se desvían de la sintaxis vasca; Bergman aprecia á los vascos como un pueblo de raza saabmæenne (la polinesa); para Maury y Schleicher, el vasco es una lengua polisintética; Charencey encuentra afinidades en el vasco con ciertos idiomas del Oural; el P. Fita ha dicho que «quien estudie con atención el vocabulario vascongado hallará gran multitud de dicciones puramente aryas», y presenta ejemplos; que cuando examinamos, añade, «la estructura gramatical, no es ya hermandad ni próxima afinidad, sino parentesco remoto, el que resulta de la comparación de ambos idiomas céltico y vascuence»; y opina, por último, «que el vascuence, por su estructura, se enlaza con el ibérico oriental ó georgiano»; y por este estilo podrían exponerse las infinitas y variadas ideas de cuantos se han ocupado del idioma vascongado, que no le hayan atribuído analogías más ó menos fundadas, sin haberse descubierto hasta ahora documento alguno que sirva de guía en tan intrincado laberinto. En lo que todos están conformes es en declarar su antigüedad. Es evidente.

Careciendo las provincias vascas de códices y libros antiguos, se ha dudado de que sus leyendas y cantos, que hoy conocemos, sean del tiempo que representan, ni aun antiguos, porque no es testimonio de remota antigüedad su primitiva sencillez, sello peculiar de las tradiciones modernas, que también sobresale en los diálogos de los *versolaris*, esos celebrados vates del pueblo.

Pero á falta de los anteriores monumentos ha conservado uno el país, que parece indestructible, el de su lengua viva, que aunque no existan documentos que acrediten su antigüedad, pues los más antiguos que se conocen son de la Edad Media, está probada la existencia inmemorial de este idioma por el testimonio de los mismos historiadores y geógrafos romanos.

Puede divagarse respecto al remoto origen de la lengua eúscara, pero no admitirse la opinión en obra de esta Academia de la Historia expuesta «de que debió haber empezado á introducirse

á mediados del siglo VIII, no debiendo haber tenido forma ni consistencia de lengua particular hasta el siglo XII».

Los fueristas no fijan, porque no existe, el origen de la independencia vascongada, y Vizcaya especialmente no tuvo fuero escrito hasta el siglo XIV; cada pueblo se gobernaba como los demás de España, por fazañas y albedríos, usos y costumbres, algunos por fueros municipales y cartas de población, y en los negocios generales, por la legislación de los soberanos que dominaban.

La base de la legislación vizcaína es el Fuero de Logroño.

No hay tradición, historia, documentos, ni el menor vestigio de un templo, de un monasterio que permita aventurar la menor conjetura, ni del paganismo que precedió á la religión de Jesucristo, ni del ejercicio del cristianismo en los primeros siglos de éste, ni menos de que se alabara á Jesús antes de que existiera. No hay noticia de un santo, de un mártir vascongado anterior al siglo VIII. Tan supuesta es la ida del apóstol Santiago á predicar en la Cantabria, como la de San León, obispo de Bayona, para lo que hubo necesidad de adelantar nueve siglos su existencia, pues floreció este Santo en el décimo, y víctima de su ardiente celo fué martirizado.

Los monumentos hasta ahora descubiertos no prueban que debieran su extraña construcción á religión alguna determinada. Ni el supuesto ídolo de Miqueldi, ni la ermita de San Miguel de Arrechinaga, ni otros restos de monumentos ó cosa parecida, pueden presentarse con verdad como de procedencia religiosa.

En el siglo X, cuando San León fundaba la Vasconia francesa, aún pagana, la diócesis de Bayona se extendía hasta los valles del Baztán y de Guipúzcoa, deduciéndose que el estado religioso de los vascos españoles, en esta época, no difería apenas del de los pobladores de la otra vertiente de los Pirineos. Lejos de haber conocido los primeros, ni aun presentido el cristianismo, excepto en la llamada de Vitoria, adonde la invasión serracena había obligado á guarecerse las familias cristianas de la orilla derecha del Ebro, los vascos, al contrario, rechazaron la nueva religión y defendieron sus antiguas creencias con esa tenacidad y esa energía que constituye el carácter de su raza. Y con estas mismas

cualidades, en cuanto abrazaron el cristianismo, no hubo creyentes más convencidos y fervorosos. Nada, en efecto, comparable con el ardor de su fe sencilla, sincera, inquebrantable. Parece que desde aquellas alturas el hombre se considera más cerca de Dios y se ve invenciblemente impulsado á elevar á Él su pensamiento. Dice un canto vasco: «¡Quien no conozca la plegaria, vaya por nuestras montañas y aprenderá en seguida á orar sin que nadie le enseñe!»

Tales observaciones nos ha producido el examen del libro que nos ocupa, recomendable, sin duda, por lo que interesa á la historia patria el exacto conocimiento de cuanto á ella se refiere y tiene la grande importancia de corresponder á un país, cuyos orígenes, organización, etc., han ocupado y ocupan á tantos escritores, aunque no todos lo hagan con la detención y el interés por depurar la verdad de los hechos que lo hace el Sr. Fabié, cuyo trabajo considera esta Real Academia comprendido en el art. 8.º del Real decreto de 29 de Agosto de 1835.

Madrid, 21 de Abril de 1899.

ANTONIO PIRALA.

II

CARTA-PUEBLA DE ALHÓNDIGA

Siendo cura párroco de Alhóndiga el Sr. D. Ignacio Calvo y Sánchez, que ahora pertenece al cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, ofreció á la Academia un diploma en pergamino, escrito en la primera mitad del siglo XIII y que contiene una copia de la carta-puebla de aquella villa, ó mejor dicho, una confirmación que Frey Raimbaldo, comendador de la Orden del Hospital en España, hizo en año incierto de la carta de población que á dicho lugar otorgó en la era de 1208 (año de 1170) Frey Juan, prior de la misma Orden. Como solía acon-